



«Levántate y ponte en camino»

Día del Seminario 2023



Catequesis para niños y jóvenes

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

CATEQUESIS PARA NIÑOS Y JÓVENES

«*Levántate y ponte en camino*»

Catequesis para los niños

1. Objetivos

- Conocer el seminario, el proceso vocacional y formativo.
- Entender el papel de la vocación en orden al servicio de la Iglesia.
- Celebrar el Día del Seminario y orar juntos por las vocaciones al ministerio sacerdotal.

2. Sobre el lema de este año

«Se levantó y se puso en camino» es el lema escogido para este año en la celebración del Día del Seminario. El lema de este año coincide con el lema de la JMJ 2023 en Lisboa y pertenece al evangelio de Lucas. Hace referencia a la visitación de María a su prima Isabel y nos muestra la disposición de la Virgen tras recibir su vocación de Madre de Dios. María no queda encerrada en sí misma, preocupada o abstraída por la tarea que ha recibido, sino que, conociendo el estado de su prima, se pone en camino para ir a servirla. El papa, escogiendo este pasaje mariano del Evangelio, quiere presentarnos a María como mujer de caridad y mujer misionera, alguien que al recibir un don lo pone inmediatamente a fructificar. Esta debe ser también la actitud de aquel que recibe una llamada en la Iglesia, la actitud del seminarista. Cuando recibe una llamada no puede quedarse encerrado en ella. En la vocación sacerdotal hay una llamada a servir a los demás, acercarlos a Cristo con prontitud. Debe ponerse en camino, y ese camino se recorre en un espacio que la Iglesia le presta para ello: el seminario. El seminario no es el espacio donde el joven se encierra para perderse en el mundo, sino el camino que recorre para aprender a servirlo. Desde aquí vemos los dos ejes sobre los que gira nuestra catequesis: la vocación sacerdotal es una vocación para los demás (caritativa) que se desarrolla poniéndose en marcha (en camino).

3. Escuchamos la Palabra

En la Biblia encontramos multitud de llamadas, de vocaciones que Dios dirige a diferentes hombres. ¿Qué puntos encuentras en común? ¿Se te ocurren otras vocaciones? Ofrecemos varios relatos bíblicos de la vocación. Dependiendo de las edades, los muchachos pueden buscarlas en la Biblia, para ir familiarizándose con su uso, o pueden darse los textos directamente para que los lean en voz alta. Puede incluso interpretarse alguno de los textos, con un pequeño espacio previo de preparación.

Abrahán es llamado por Dios a salir de su tierra, ponerse en camino, para que en él se bendigan todas las naciones. Está llamado a ser padre no solo de una persona, sino de una multitud (Gen 12,1-4).

Noé recibe la llamada de Dios y debe de construir un arca en el que se salvará su familia y toda la creación (Gen 6,9-22).

Moisés, en la zarza ardiente, recibe de Dios la manifestación de su deseo de que libere al pueblo de Israel de la esclavitud. Moisés deberá transmitir la voluntad de Dios al faraón para liberar al pueblo (Ex 3,1-4,18. Versión breve: 3,2-12).

Isaías y Jeremías reciben una profecía que deben transmitir al pueblo en orden a su salvación (Is 6,1-13; Jer 1,4-19).

Los apóstoles junto al lago reciben la llamada de Jesús para que le sigan. Esta llamada contiene una promesa: «Yo os haré pescadores de hombres». No queda solo para ellos y Jesús, sino que se abre a los demás (Lc 5,1-11).

Tras leer los textos dejamos un pequeño espacio para la reflexión, que el texto cale entre los muchachos. Destacamos después que podemos encontrar dos características, que enlazan con el lema de este año. Todas estas vocaciones, todas las llamadas miran hacia los demás. Abrahán será padre de un pueblo, Noé salva a los animales y su familia, Moisés saca a Israel de Egipto... Todas ellas tienen un componente de relación. La vocación no es solo para ellos, sino para los demás. Además, esa vocación se concreta en una misión, en una obra por realizar que les pone en camino: construir un arca, emigrar, dirigir al pueblo, seguir a Jesús...

4. Cómo actúa Dios

Ya hemos mencionado que la vocación, la llamada de Dios al hombre, tiene dos características que lo sacan de sí, que muestran la vocación como una realidad «en relación». Mi vocación es «vocación para» y «vocación en»: vocación para los demás y vocación en camino. Proponemos a los muchachos estos dos conceptos, para que ellos mismos vayan extrayendo las conclusiones. El texto que ofrecemos es simplemente orientativo.

1. «Vocación para». Mi vocación no es solo «para mí», como un regalo muy hermoso, pero que solo yo puedo utilizar y disfrutar. Mi vocación es una llamada que me saca de mí mismo, que me muestra que yo mismo soy el regalo. Dios quiere que yo sea, a través de esa llamada, un regalo «para los demás», y un regalo «para él». Jesús vino al mundo para darse a los demás, para entregarse en obediencia al Padre. Una vocación al matrimonio es para entregarse al otro, para entregarse a los hijos, a la familia. Una vocación contemplativa no me encierra en un claustro, alejándome del resto (que vida más triste sería), sino que desde ese lugar vivo una vida de intercesión por los demás. Una vocación sacerdotal no es para mí, que me gusta mucho ser sacerdote, sino una llamada de Dios para servir a los demás haciéndoles llegar la gracia que viene de lo alto por medio de los sacramentos. Todas las vocaciones, si son verdaderas llamadas, nos sacan de nosotros mismos para entregarnos a los demás.

2. «Vocación en». Cuando la Virgen recibió el anuncio del ángel, no se quedó muy quieta en casa, tranquila y sin moverse a esperar que naciese el Salvador. Jesús tampoco apareció en ese mismo momento, ya formado, del seno de María. Tuvo que pasar nueve meses formándose en su vientre antes de nacer, mientras que María rápidamente se levantó y fue a servir a su prima Isabel. Las llamadas que hemos escuchado antes ponían a esas personas en movimiento: Moisés, Noé, Abrahán... Reciben la llamada y comienzan a trabajar. Una llamada al matrimonio no culmina con la boda, una vocación sacerdotal no está completa con la imposición de manos. Es un inicio que pone al que ha recibido la llamada en marcha, en camino. ¿Hacia dónde? Hacia nuestra vocación común: la santidad. La vocación no es una realidad completa, cerrada, un disfraz que recibo, sino que es el camino que sigo en dirección a esa

santidad a la que Dios me llama. ¿Conoces otros sinónimos para la palabra santidad? Bienaventuranza, beatitud... La santidad es una promesa de felicidad eterna, y la felicidad siempre busca más. Si alguien descansa porque cree haber encontrado su vocación, y ya no necesita hacer nada más, está muy equivocado. Encontrar una vocación es ponerse en camino hacia una realidad mayor. Es saber por dónde tienes que ir ahora para alcanzar esa felicidad eterna que Dios te promete.

Ambas realidades culminan en la Iglesia. La vocación es para ella y transcurre en ella, pues es la familia que Dios nos ha entregado para vivir una vida nueva junto a él. Una vocación se recibe «en la Iglesia», en ella encuentras cómo recorrer el camino, recibes la gracia para vivir conforme a ella (los sacramentos). Como piedras vivas, las vocaciones se suman a la construcción de ese templo que es el cuerpo de Jesús. Cada vocación expande, dilata un poco más la Iglesia. A través de tu sí al Señor la Iglesia crece y su obra sigue adelante. Pero ese sí, como el de María, ha de sostenerse en el tiempo. Y en la Iglesia encuentras la fuerza para ir adelante. Si tienes dudas, si quieres saber a qué te llama Dios, la respuesta no está en encerrarte en ti y esperar una iluminación interior. Solo en un ambiente eclesial, viviendo en tu comunidad, poniéndote en camino con la Iglesia, en la Iglesia, puedes descubrir qué quiere Dios de ti.

Para terminar, aquí tienes el testimonio del papa Francisco contándole a un niño como tú cómo se siente que tienes vocación.

¿Cómo entendí la vocación? (El papa Francisco en su visita a la parroquia de San Pier Damiani ai Monti di San Paolo, en Casal Bernocchi (Acilia) (21-5-2017))

Cada uno de nosotros tiene un lugar en la vida. Jesús quiere que uno se case, que forme una familia; quiere que otro sea sacerdote, otra monja... Pero cada uno de nosotros tiene un camino en la vida. Y para la mayoría es que sean como vosotros, como todos los demás, como vuestros padres: fieles laicos que forman una hermosa familia, que hacen que crezcan sus hijos, que hacen que crezca la familia. Y yo estaba en una familia: éramos cinco hermanos, éramos felices.

Papá trabajaba, venía del trabajo [...] —en aquella época había trabajo — y jugábamos [...]. Una vez —os voy a contar algo que os hará reír, pero no hagáis lo que os digo— hicimos concurso para jugar a los paracaidistas, tomamos el paraguas y fuimos a la terraza y uno de mis hermanos se tiró el primero desde la terraza.

¡Se salvó la vida por un pelo! Son juegos peligrosos... Pero éramos felices. ¿Por qué? Porque mamá y papá nos ayudaban a seguir adelante, en la escuela, y también se preocupaban por nosotros. Es muy bonito, muy bonito [...]. Escuchadme: en la vida es muy bonito estar casados, es muy bonito. Es muy bonito tener una familia, un padre y una madre, tener abuelos, tíos [...]. ¿Lo habéis entendido? Es muy bonito, es una gracia. Y cada uno de vosotros tiene padres, abuelos, tíos, tiene una familia.

Pero también hay otra vocación: ser monja, ser sacerdote. Y un día sentí —pero de repente—, tenía dieciséis años y sentí que el Señor quería que yo fuera un sacerdote. ¡Aquí estoy! Soy un sacerdote. Esta es la respuesta. Cuando un chico siente en su corazón simpatía y luego la simpatía continúa, y siente amor por una chica y luego se hacen novios y luego se casan, así se siente en el corazón cuando el Señor dice: «Tienes que seguir el camino para ser sacerdote». Y así lo sentí yo. Como se sienten las cosas buenas de la vida. Porque es bueno.

5. Para rezar juntos

Después del tiempo de diálogo, de responder a estas preguntas y más que puedan surgir, hacemos un momento de oración. Guardamos silencio, miramos la Biblia, la Palabra de Dios que habla en medio de nosotros y, juntos, rezamos con esta oración para pedirle luz al Señor y ver más adelante.

Padre bueno, que me amas, confío en que tienes una vocación especial para mi vida que conducirá a mi santidad y mi felicidad. Enséñame cómo hablar contigo y escucharte, para que en el silencio de la oración puedas abrir mi corazón para conocer y seguir este plan.

Si soy llamado a una vocación en tu Iglesia, dame el coraje para decir «sí». Por favor, coloca personas santas en mi camino para ayudarme a conocerte, amarte y servirte, para que pueda convertirme en un testigo efectivo de tu amor en el mundo.

Amén.

6. ¿Y ahora qué? Nuestro compromiso

Hemos visto que el lugar donde se desarrolla y crece esa vocación es la Iglesia, que se concreta en nuestra iglesia particular, nuestra parroquia o comunidad. Es momento de imitar a María, ponernos a la escucha

activa y al servicio de los demás, para que en ese ambiente no solo nosotros, sino todos podamos escuchar qué quiere Dios de nosotros. Ya sabemos que nuestra primera vocación es como cristianos, por tanto, a amar a Dios y al prójimo. Desarrollar esta vocación es clave para escuchar la voz de Dios en mi vida. ¿Cómo voy a amar hoy a Dios? ¿Cómo lo voy a hacer esta semana?

Catequesis para los jóvenes

1. Objetivos

- Conocer el seminario, el proceso vocacional y formativo.
- Entender el papel de la vocación en orden al servicio de la Iglesia.
- Celebrar el Día del Seminario y orar juntos por las vocaciones al ministerio sacerdotal.
- Proponer la JMJ 2023 como un momento especial para el discernimiento vocacional.

2. Sobre el lema de este año

«Se levantó y se puso en camino» es el lema escogido para este año en la celebración del Día del Seminario. El lema de este año coincide con el lema de la JMJ 2023 en Lisboa y pertenece al evangelio de Lucas. Hace referencia a la visitación de María a su prima Isabel y nos muestra la disposición de la Virgen tras recibir su vocación de Madre de Dios. María no queda encerrada en sí misma, preocupada o abstraída por la tarea que ha recibido, sino que, conociendo el estado de su prima, se pone en camino para ir a servirla. El papa, escogiendo este pasaje mariano del Evangelio, quiere presentarnos a María como mujer de caridad y mujer misionera, alguien que al recibir un don lo pone inmediatamente a fructificar. Esta debe ser también la actitud de aquel que recibe una llamada en la Iglesia, la actitud del seminarista. Cuando recibe una llamada no puede quedarse encerrado en ella. En la vocación sacerdotal hay una llamada a servir a los demás, acercarlos a Cristo con prontitud. Debe ponerse en camino, y ese camino se recorre en un espacio que la Iglesia le presta para ello: el seminario. El seminario no es el espacio donde el joven se encierra para perderse en el mundo, sino el camino que recorre para aprender a servirlo. Desde aquí vemos los dos ejes sobre los que gira nuestra catequesis: la vocación sacerdotal es una vocación para los demás (caritativa) que se desarrolla poniéndose en marcha (en camino).

3. Escuchamos la Palabra

Para los jóvenes proponemos realizar esta parte de la catequesis en un clima de oración, siendo necesario que cada uno tenga una Biblia a mano o, al menos, todos los textos. Se presentan los seis textos, mostrándolos como pasajes donde podemos ver una vocación, una llamada de Dios. Dejamos quince minutos para que puedan rezar tranquilamente con el texto, teniendo en cuenta la presentación del lema de la jornada que hemos realizado anteriormente.

Abrahán es llamado por Dios a salir de su tierra, ponerse en camino, para que en él se bendigan todas las naciones. Está llamado a ser padre no solo de una persona, sino de una multitud (Gen 12,1-4).

Noé recibe la llamada de Dios y debe de construir un arca en el que se salvará su familia y toda la creación (Gen 6,9-22).

Moisés, en la zarza ardiente, recibe de Dios la manifestación de su deseo de que libere al pueblo de Israel de la esclavitud. Moisés deberá transmitir la voluntad de Dios al faraón para liberar al pueblo (Ex 3,1-4,18. Versión breve: 3,2-12).

Isaías y Jeremías reciben una profecía que deben transmitir al pueblo en orden a su salvación (Is 6,1-13; Jer 1,4-19).

Los apóstoles junto al lago reciben la llamada de Jesús para que le sigan. Esta llamada contiene una promesa: «Yo os haré pescadores de hombres». No queda solo para ellos y Jesús, sino que se abre a los demás (Lc 5,1-11).

Terminada la oración, ponemos en común lo tratado. Señalamos que podemos encontrar dos características, que enlazan con el lema de este año. Todas estas vocaciones, todas las llamadas, miran hacia los demás. Abrahán será padre de un pueblo, Noé salva a los animales y su familia, Moisés saca a Israel de Egipto... Todas ellas tienen un componente de relación. La vocación no es solo para ellos, sino para los demás. Además, esa vocación se concreta en una misión, en una obra por realizar que les pone en camino: construir un arca, emigrar, dirigir al pueblo, seguir a Jesús...

4. Cómo actúa Dios

Ya hemos mencionado que la vocación, la llamada de Dios al hombre, tiene dos características que lo sacan de sí, que muestran la vocación como una realidad «en relación». Mi vocación es «vocación para» y «vocación en»: vocación para los demás y vocación en camino. Proponemos a los muchachos estos dos conceptos, para que ellos mismos vayan extrayendo las conclusiones. El texto que ofrecemos es simplemente orientativo.

1. «Vocación para». Mi vocación no es solo «para mí», como un regalo muy hermoso, pero que solo yo puedo utilizar y disfrutar. Mi vocación es una llamada que me saca de mí mismo, que me muestra que yo mismo soy el regalo. Dios quiere que yo sea, a través de esa llamada, un regalo «para los demás», y un regalo «para él». Jesús vino al mundo para darse a los demás, para entregarse en obediencia al Padre. Una vocación al matrimonio es para entregarse al otro, para entregarse a los hijos, a la familia. Una vocación contemplativa no me encierra en un claustro, alejándome del resto (que vida más triste sería), sino que desde ese lugar vivo una vida de intercesión por los demás. Una vocación sacerdotal no es para mí, que me gusta mucho ser sacerdote, sino una llamada de Dios para servir a los demás haciéndoles llegar la gracia que viene de lo alto por medio de los sacramentos. Todas las vocaciones, si son verdaderas llamadas, nos sacan de nosotros mismos para entregarnos a los demás.

2. «Vocación en». Cuando la Virgen recibió el anuncio del ángel, no se quedó muy quieta en casa, tranquila y sin moverse a esperar que naciese el Salvador. Jesús tampoco apareció en ese mismo momento, ya formado, del seno de María. Tuvo que pasar nueve meses formándose en su vientre antes de nacer, mientras que María rápidamente se levantó y fue a servir a su prima Isabel. Las llamadas que hemos escuchado antes ponían a esas personas en movimiento: Moisés, Noé, Abrahán... Reciben la llamada y comienzan a trabajar. Una llamada al matrimonio no culmina con la boda, una vocación sacerdotal no está completa con la imposición de manos. Es un inicio que pone al que ha recibido la llamada en marcha, en camino. ¿Hacia dónde? Hacia nuestra vocación común: la santidad. La vocación no es una realidad completa, cerrada, un disfraz que recibo, sino que es el camino que sigo en dirección a esa santidad a la que Dios me llama. ¿Conoces otros sinónimos para la palabra

santidad? Bienaventuranza, beatitud... La santidad es una promesa de felicidad eterna, y la felicidad siempre busca más. Si alguien descansa porque cree haber encontrado su vocación, y ya no necesita hacer nada más, está muy equivocado. Encontrar una vocación es ponerse en camino hacia una realidad mayor. Es saber por dónde tienes que ir ahora para alcanzar esa felicidad eterna que Dios te promete.

Ambas realidades culminan en la Iglesia. La vocación es para ella y transcurre en ella, pues es la familia que Dios nos ha entregado para vivir una vida nueva junto a él. Una vocación se recibe «en la Iglesia», en ella encuentras cómo recorrer el camino, recibes la gracia para vivir conforme a ella (los sacramentos). Como piedras vivas, las vocaciones se suman a la construcción de ese templo que es el cuerpo de Jesús. Cada vocación expande, dilata un poco más la Iglesia. A través de tu sí al Señor la Iglesia crece y su obra sigue adelante. Pero ese sí, como el de María, ha de sostenerse en el tiempo. Y en la Iglesia encuentras la fuerza para ir adelante. Si tienes dudas, si quieres saber a qué te llama Dios, la respuesta no está en encerrarte en ti y esperar una iluminación interior. Solo en un ambiente eclesial, viviendo en tu comunidad, poniéndote en camino con la Iglesia, en la Iglesia, puedes descubrir qué quiere Dios de ti.

5. Para rezar juntos

Después del tiempo de diálogo, de responder a estas preguntas y más que puedan surgir, hacemos un momento de oración. Guardamos silencio, miramos la Biblia, la Palabra de Dios que habla en medio de nosotros y, juntos, rezamos con esta oración para pedirle luz al Señor y ver más adelante.

Padre bueno, que me amas, confío en que tienes una vocación especial para mi vida que conducirá a mi santidad y mi felicidad. Enséñame cómo hablar contigo y escucharte, para que en el silencio de la oración puedas abrir mi corazón para conocer y seguir este plan.

Si soy llamado a una vocación en tu Iglesia, dame el coraje para decir «sí». Por favor, coloca personas santas en mi camino para ayudarme a conocerte, amarte y servirte, para que pueda convertirme en un testigo efectivo de tu amor en el mundo.

Amén.

6. ¿Y ahora qué? Nuestro compromiso

El papa Francisco dedicó algunos puntos en la exhortación *Christus vivit* a hablar de la vocación. Como este mensaje del papa se ha colocado entre las claves de la JMJ 2023 creemos que es ideal para trabajarlo. Invitamos a leer especialmente los puntos 253 a 258 del capítulo sobre la vocación y 283 a 286 del capítulo sobre el discernimiento en *Christus vivit*.

Tu ser para los demás

253. Quisiera detenerme ahora en la vocación entendida en el sentido preciso del llamado al servicio misionero de los demás. Somos llamados por el Señor a participar en su obra creadora, prestando nuestro aporte al bien común a partir de las capacidades que recibimos.

254. Esta vocación misionera tiene que ver con nuestro servicio a los demás. Porque nuestra vida en la tierra alcanza su plenitud cuando se convierte en ofrenda. Recuerdo que «la misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo». Por consiguiente, hay que pensar que toda pastoral es vocacional, toda formación es vocacional y toda espiritualidad es vocacional.

255. Tu vocación no consiste solo en los trabajos que tengas que hacer, aunque se expresa en ellos. Es algo más, es un camino que orientará muchos esfuerzos y muchas acciones en una dirección de servicio. Por eso, en el discernimiento de una vocación es importante ver si uno reconoce en sí mismo las capacidades necesarias para ese servicio específico a la sociedad.

256. Esto da un valor muy grande a esas tareas, ya que dejan de ser una suma de acciones que uno realiza para ganar dinero, para estar ocupado o para complacer a otros. Todo eso constituye una vocación porque somos llamados, hay algo más que una mera elección pragmática nuestra. Es en definitiva reconocer para qué estoy hecho, para qué paso por esta tierra, cuál es el proyecto del Señor para mi vida. Él no

me indicará todos los lugares, los tiempos y los detalles, que yo elegiré prudentemente, pero sí hay una orientación de mi vida que él debe indicarme porque es mi Creador, mi alfarero, y necesito escuchar su voz para dejarme moldear y llevar por él. Entonces sí seré lo que debo ser, y seré también fiel a mi propia realidad.

257. Para cumplir la propia vocación es necesario desarrollarse, hacer brotar y crecer todo lo que uno es. No se trata de inventarse, de crearse a sí mismo de la nada, sino de descubrirse a uno mismo a la luz de Dios y hacer florecer el propio ser: «En los designios de Dios, cada hombre está llamado a promover su propio progreso, porque la vida de todo hombre es una vocación». Tu vocación te orienta a sacar afuera lo mejor de ti para la gloria de Dios y para el bien de los demás. El asunto no es solo hacer cosas, sino hacerlas con un sentido, con una orientación. Al respecto, san Alberto Hurtado decía a los jóvenes que hay que tomarse muy en serio el rumbo: «En un barco al piloto que se descuida se le despide sin remisión, porque juega con algo demasiado sagrado. Y en la vida ¿cuidamos de nuestro rumbo? ¿Cuál es tu rumbo? Si fuera necesario detenerse aún más en esta idea, yo ruego a cada uno de ustedes que le dé la máxima importancia, porque acertar en esto es sencillamente acertar; fallar en esto es simplemente fallar».

258. Este «ser para los demás» en la vida de cada joven normalmente está relacionado con dos cuestiones básicas: la formación de una nueva familia y el trabajo. Las diversas encuestas que se han hecho a los jóvenes confirman una y otra vez que estos son los dos grandes temas que los preocupan e ilusionan. Ambos deben ser objeto de un especial discernimiento. Detengámonos brevemente en ellos.

Cómo discernir tu vocación

283. Una expresión del discernimiento es el empeño por reconocer la propia vocación. Es una tarea que requiere espacios de soledad y silencio, porque se trata de una decisión muy personal que otros no pueden tomar por uno: «Si bien el Señor nos habla de modos muy variados en medio de nuestro trabajo, a través de los demás, y en todo momento, no es posible prescindir del silencio de la oración detenida para percibir mejor ese lenguaje, para interpretar el significado real de las

inspiraciones que creímos recibir, para calmar las ansiedades y recomponer el conjunto de la propia existencia a la luz de Dios».

284. Este silencio no es una forma de aislamiento, porque «hay que recordar que el discernimiento orante requiere partir de una disposición a escuchar: al Señor, a los demás, a la realidad misma que siempre nos desafía de maneras nuevas. Solo quien está dispuesto a escuchar tiene la libertad para renunciar a su propio punto de vista parcial o insuficiente [...]. Así está realmente disponible para acoger un llamado que rompe sus seguridades pero que lo lleva a una vida mejor, porque no basta que todo vaya bien, que todo esté tranquilo. Dios puede estar ofreciendo algo más, y en nuestra distracción cómoda no lo reconocemos».

285. Cuando se trata de discernir la propia vocación, es necesario hacerse varias preguntas. No hay que empezar preguntándose dónde se podría ganar más dinero, o dónde se podría obtener más fama y prestigio social, pero tampoco conviene comenzar preguntándose qué tareas le darían más placer a uno. Para no equivocarse hay que empezar desde otro lugar, y preguntarse: ¿me conozco a mí mismo, más allá de las apariencias o de mis sensaciones?, ¿conozco lo que alegra o entristece mi corazón?, ¿cuáles son mis fortalezas y mis debilidades? Inmediatamente siguen otras preguntas: ¿cómo puedo servir mejor y ser más útil al mundo y a la Iglesia?, ¿cuál es mi lugar en esta tierra?, ¿qué podría ofrecer yo a la sociedad? Luego siguen otras muy realistas: ¿tengo las capacidades necesarias para prestar ese servicio?, o ¿podría adquirirlas y desarrollarlas?

286. Estas preguntas tienen que situarse no tanto en relación con uno mismo y sus inclinaciones, sino con los otros, frente a ellos, de manera que el discernimiento plantee la propia vida en referencia a los demás. Por eso quiero recordar cuál es la gran pregunta: «Muchas veces, en la vida, perdemos tiempo preguntándonos: "Pero ¿quién soy yo?". Y tú puedes preguntarte quién eres y pasar toda una vida buscando quién eres. Pero pregúntate: "¿Para quién soy yo?"». Eres para Dios, sin duda. Pero él quiso que seas también para los demás, y puso en ti muchas cualidades, inclinaciones, dones y carismas que no son para ti, sino para otros.

Hemos visto que el lugar donde se desarrolla y crece esa vocación es la Iglesia, que se concreta en nuestra iglesia particular, nuestra parroquia o comunidad. Es momento de imitar a María, ponernos a la escucha activa y al servicio de los demás, para que en ese ambiente no solo nosotros, sino todos podamos escuchar que quiere Dios de nosotros. Ya sabemos que nuestra primera vocación es como cristianos, por tanto, a amar a Dios y al prójimo. Desarrollar esta vocación es clave para escuchar la voz de Dios en mi vida. ¿Cómo voy a amar hoy a Dios? ¿Cómo lo voy a hacer esta semana?

